

BIBLIOGRAFÍA MILITAR ESPAÑOLA DEL SIGLO XVI: PERFIL DEL SOLDADO-ESCRITOR Y TIPOLOGÍA FORMAL DE SUS OBRAS

RICARDO GONZÁLEZ CASTRILLO
Universidad Complutense de Madrid

PERFIL DEL SOLDADO-ESCRITOR

Los autores españoles del siglo XVI que escribieron sobre temas militares presentan en sus biografías una serie de rasgos coincidentes, reuniendo los cuales es posible esbozar con bastante aproximación el perfil que define a la mayoría de los individuos del conjunto. Como es lógico, suelen ser profesionales de la Milicia, con muchos años de actividad en este campo. Personas que, una vez retiradas del ejercicio de las armas por imperativo de la edad, y luego de haber desempeñado en bastantes casos cargos de extraordinaria importancia, sienten la necesidad de poner en orden sus recuerdos y vivencias, los conocimientos adquiridos y las experiencias, dándoles forma en un libro que, generalmente, es único. Raro es el autor de más de una obra. En los preliminares o en el cuerpo mismo de ésta suelen aludir, incidentalmente, a su actividad en el ejército y a otros detalles de su vida, que son noticias de primera mano para reconstruir su biografía. Y acostumbran, asimismo, a manifestar explícitamente las razones que les impulsaron a escribir. Los móviles son variados, aunque predomina, desde luego, la intención didáctica de transmitir a otros la sabiduría alcanzada en su larga práctica militar. Máxime cuando algunos pretenden ser los

primeros en abordar una determinada materia y arguyen que sus obras vienen a llenar un vacío existente hasta ese momento. Quienes se dedican a relatar grandes campañas o hechos de armas suelen haber sido, de ordinario, partícipes en tales acontecimientos y testigos presenciales, por tanto, de cuanto refieren. Su deseo al evocar acciones de este tipo no es otro que el de impedir que caigan en el olvido. Ahora bien, cierto es que en esa nómina de escritores no todos fueron profesionales de la Milicia. Hubo también unos pocos que ejercieron otras actividades, preferentemente la práctica del Derecho, si bien se hallaban entroncados con aquélla de alguna manera.

En general, el soldado-escritor es consciente de su escasa preparación literaria y teme que sus carencias susciten las críticas adversas, instigadas, además, por la envidia. Pero aún así, no renuncia a escribir con el fin de exaltar al ejército que ha sido su forma de vida durante tantos años, convencido de que si muchas acciones heroicas no han pasado a la posteridad, ha sido por falta de la pluma adecuada que las inmortalizara. Sin embargo, ese amor a la Milicia no le impide dejar constancia de los defectos y vicios que en ella observa. Pero lo hace sin ánimo de denigrarla, sólo con el deseo de propiciar la necesaria reforma que ponga fin a tal estado de cosas. Y sugiere incluso los remedios y soluciones que estima convenientes. **Marcos de Isaba** y su *Cuerpo enfermo de la Milicia española*, es un buen ejemplo de esta actitud.

Muchos fueron los escritores que alcanzaron puestos relevantes en el ejército. Y, en casos singulares, hasta llegaron a desempeñar con éxito misiones diplomáticas. **Bernardino de Mendoza** es un paradigma de esta conjunción de actividades. Nacido en fecha incierta, probablemente en Guadalajara, pertenecía a la noble familia de los Mendoza que tantos hombres ilustres engendró. Sirvió en Flandes como capitán de caballos a las órdenes del Duque de Alba y de Luis de Requesens, en tanto que su primera intervención como diplomático tuvo lugar en Roma, cerca del Pontífice Pío V. Años después ejercería el cargo de embajador en las cortes de Inglaterra y de Francia. Bernardino de Mendoza es uno de los pocos escritores militares autor de dos obras: unos *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos desde el año 1567 hasta 1577*, traducidos al francés; y un tratado titulado *Teórica y práctica de la guerra*, vertido al italiano, francés y alemán. Cuando escribía esta última, contaba ya en su haber con «treinta y tantos años de seruido como soldado y como embajador»,

según anota en la epístola nuncupatoria que dirigió al entonces príncipe Felipe, luego tercer monarca de este nombre. Se hallaba ya en el declive de su vida, aquejado de una ceguera que le indujo a recluirse en el monasterio de San Bernardo, en Madrid, en una de cuyas celdas llevó a cabo la redacción de la obra. En realidad, desde 1591 en que fue relevado del cargo de embajador en Francia y se internó en el monasterio, hasta el año de 1605, fecha probable de su muerte, no ejerció más actividad que la literaria.

Otro ilustre soldado de Flandes, que militó igualmente a las órdenes del Duque de Alba y llegó a ostentar el cargo de maestre de campo, fue **Sancho de Londoño**. Por mandato del Duque escribió en 1568 *El discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, que tardaría diecinueve años en ver la luz pública. Con este tratado pretendía Londoño suplir una carencia, ya que las obras de Frontino, Vegetio, Eliano, Valturio y otros más -dice- estaban escritas «tan confusamente, y tan fuera de lo que oy es necessario» que convenía actualizar todo lo relativo al arte militar¹. Decidió poner por escrito sus conocimientos y experiencias, y cumplir así la orden de su superior, el duque de Alba, quien, por otra parte, le tenía en tal estima que le llamaba «el gran Maestro de la guerra», como atestigua Mosquera de Figueroa². Al parecer, empleó menos de tres meses en redactar su *Discurso*, exactamente del 11 de enero al 8 de abril del referido año 1568, corto espacio de tiempo en verdad y del que todavía se disculpa, invocando que «no siempre he tenido salud»³.

Maestre de campo como Londoño, y también como él soldado en Flandes fue **Francisco de Valdés**, autor de una obra sobre el oficio de Sargento mayor titulada *Espejo y disciplina militar*, que aparece en otras ediciones como *Diálogo militar*. La dedicó a don Fadrique Álvarez de Toledo, hijo natural del duque de Alba y General de la Infantería española en Flandes. Y en la epístola nuncupatoria - fechada en Deventer, a 20 octubre 1571- refiere que «a importunacion de algunos amigos he tomado trabajo de hazer este discurso» el cual, como en el caso de Londoño, venía a llenar un vacío, «por no auer visto hasta agora, que alguno aya escrito particularmente sobre esta materia»⁴. Al propio tiem-

¹ Ed. Bruselas, 1596, p. 90.

² *Comentario en breve compendio de disciplina militar*. Madrid, 1596, f. 116_v.

³ *El Discurso sobre la forma de reducir...* Bruselas, 1596, p. 91.

⁴ Ed. Bruselas, 1596, p. 5.

po declara abrigar la esperanza de que alguna otra persona, «mouido de ver la cortedad de mi pluma, escriua sobre materia tan necessaria algo que aproueche», con lo cual se daría por recompensado y hasta sufriría con paciencia «los agudos dientes de los detractores»⁵.

Al cabo de veinticuatro años de servicios y desde su prisión en el castillo de Milán donde se hallaba cumpliendo condena por motivos que desconocemos, escribía el vizcaíno **Martín de Eguiluz** su *Milicia, discurso y regla militar*, considerada por José Almirante como «una de las obras que más al vivo retratan la Milicia española del siglo XVI»⁶. El propio Eguiluz da cuenta de la reclusión que padecía desde «cinco meses ha», y confiesa que «si no fuera esta forçada ocasion, dudo que me huuiera ocupado en esto». De esta manera, un desafortunado incidente fue causa de un feliz resultado: la redacción de esta excelente obra de teoría militar, escrita, eso sí, con «falta de aliño en el estilo y de corrección en el lenguaje», como subraya Almirante, defectos que, sin embargo, no merman la importancia de su contenido.

Larga práctica militar en los frentes de África, Italia «y otras partes» tenía **Luis Gutiérrez de la Vega** cuando escribió su *Nuevo tratado y compendio de re militari*, impreso en Medina del Campo en 1569. Contaba entonces el autor 60 años de edad y, cediendo «a los ruegos de muchos Señores mios» –afirma en el prólogo a los lectores–, decidió poner por escrito sus conocimientos y experiencias, lo cual, más que un trabajo, constituyó para él «pasatiempo y gusto». No se le escapa que muchos, con arrogante petulancia, dirán conocer ya cuanto en el libro se expone. Son los que siempre creen saberlo todo, pero «yo no publico cosa a semejantes personas». Al final de la obra admite, sin embargo, que su estilo pueda parecer rudo a algunos. Y suplica disculpen este defecto puesto que «nuestro officio, es mas dado a dar orden como se ha de obrar cō las armas y ordenar infanteria, que no al elegāte escreuir de la pluma»⁷.

La tradición debió influir, a no dudarlo, en **Bartolomé Scarión de Pavía** para decidirle a escoger la carrera de las armas. En cualquier caso, lo cierto es que Scarión eligió la profesión militar y que tenía tras de sí una larga ejecutoria

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Bibliografía militar de España*. Madrid, 1876, p. 257_b.

⁷ F. 72_a.

en este campo cuando escribió su *Doctrina militar*, impresa en Lisboa el 1598. Lo revela el propio Scarión al definirse como «soldado de muchos años» en la epístola nuncupatoria que dirige al conde de Portalegre, donde declara además que el hecho de redactar la obra constituía para él un «passatiempo consuelo y descanso deste mi triste y affligido cuerpo, y entendimiento». A juicio de José Almirante, reunía este autor «las dos condiciones más recomendables en el escritor militar: larga práctica y copiosa erudición, de la que por cierto, no abusa»⁸.

Palabras elogiosas son también las que dirige José Almirante a otro tratadista militar, **Bernardino Barroso**, cuya obra *Teoría, práctica y ejemplos* califica como «uno de los libros más curiosos e importantes sobre el arte militar»⁹. Pese a haber sido impreso en Milán en época relativamente tardía –1622 ó 1626–, su autor encaja con toda propiedad en el siglo XVI pues, según confiesa él mismo, en 1574 era ya soldado¹⁰. En el «prohemio al lector», prevé Barroso que sus enemigos habrían de atacar su obra, pero no se arredra por ello. Seguidamente afirma que su propósito era facilitar «todo lo que vn Soldado noble, y virtuoso con officio ò sin el puede dessear saber en la Milicia para alcançar en ella por sus hechos, y buen modo de proceder honrra riqueças, y tropheos». La finalidad didáctica de la obra queda, pues, bien de manifiesto.

En esta serie de expertos soldados, autores de célebres tratados generales de teoría militar, no puede dejar de figurar **Marcos de Isaba**, cuya obra *Cuerpo enfermo de la milicia española*, impresa en Madrid el 1594 –muerto ya el autor y a instancias de un cuñado suyo– contiene una completa denuncia contra los vicios y defectos que enturbiaban la Milicia de su tiempo. El propósito que persigue al señalarlos, es el de «ver enmienda en esta milicia» y conseguir que sea reformada «de lo que no fuere bueno: y allegandola à lo mejor», como indica en el prólogo a los lectores.

De **Bernardino de Escalante** no puede decirse que fuera un experimentado militar. Y no porque le faltaran aptitudes para ello sino por la brevedad de su dedicación al ejército. Tampoco puede decirse que en su producción literaria

⁸ *Bibliografía militar de España*. Madrid, 1876, p. 797.

⁹ *Loc. cit.*, p. 60_a.

¹⁰ «Quando yo vine à ser Soldado, que fue el año del 1574». *Teoría, práctica y exemplos*. Milán, c. 1622, p. 19.

ocupara lugar preferente la Milicia. Prueba de ello es que en 1577 publicaba un celebrado *Discurso de la navegación que los portugueses hacen a los reinos y provincias del Oriente*, y hasta 1583 no dio a la luz sus *Diálogos del Arte Militar*, tan encomiados, sin embargo, que alcanzarían varias ediciones más antes de terminar la centuria. Escalante había elegido la carrera de las armas siguiendo la tradición familiar. Pero a la muerte de su padre el capitán García de Escalante, ocurrida en Flandes, dejó el ejército y, según sus propias palabras, «me reduxe a vida mas quieta en la orden de Sacerdocio que professo»¹¹. En 1583, cuando los *Diálogos* se imprimieron, era ya Comisario del Santo Oficio en Sevilla y Beneficiado en la villa de Laredo. Y si se decidió a escribirlos fue con esa intención didáctica, tan repetida entre los tratadistas militares, de instruir a los soldados bisoños para que «leyendolos, se hagan platicos en breue tiempo, ya que en nuestra España, falta de todo punto esta doctrina»¹². Expresado queda así el convencimiento del autor de que su libro venía a llenar el vacío existente en este campo.

Como ya hemos apuntado, no todos los escritores sobre teoría militar fueron soldados de profesión. Lo cual no fue obstáculo para que, en muchos casos, sus tratados sentaran doctrina y tuvieran una extraordinaria difusión. **Diego García de Palacio** y su obra *Diálogos militares de la formación e información de personas, instrumentos y cosas necesarias para el buen uso de la guerra* —impresa el 1583 en México—, son ejemplo de ello. Como su biógrafo José Corderas Descárrega le denomina, fue García de Palacio «el primer tratadista de las Fuerzas Armadas en el Nuevo Mundo»¹³, aunque su verdadera profesión fuese la práctica del Derecho en su calidad de Oidor de la Real Audiencia de México. En todo caso, su decisión de escribir la obra fue afortunada, y los oscuros presagios sobre su aceptación parece que no se cumplieron. Por el contrario, obtuvo críticas favorables. Las emitidas por fray Martín de Perea y don Luis de Velasco que figuran en los preliminares, así lo atestiguan.

¹¹ Ed. Bruselas, 1595, f. [A₂₀].

¹² En la *Dedicatoria* al Arzobispo de Sevilla, f. [A₂].

¹³ Vida y obra del Dr. Diego García de Palacio y Arce (1540-1595), *La organización militar en los siglos XV y XVI. Actas de las II Jornadas Nacionales de Historia Militar*. 1993, Málaga, p. 385-389.

La misma desconfianza abrigaba **Diego de Álava y Viamont** acerca de la acogida que pudiera tener su libro *El perfecto capitán, instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la Artillería*, cuya edición príncipe apareció en Madrid el 1590. Y por motivos análogos. Al igual que García de Palacio, también Álava y Viamont era hombre de leyes y, por tanto, un intruso en materia castrense. Pero también como aquél, se hallaba inclinado hacia la Milicia por vínculos familiares. Téngase presente que su padre era el célebre don Francés de Álava, capitán general de la Artillería. Diego de Álava nació en Vitoria en 1557 y se labró una vasta cultura científica y literaria, que le llevó a escribir su obra a la temprana edad de 33 años. Su figura se desmarca, por tanto, del perfil del escritor entrado en años y avezado soldado, que viene siendo el habitual.

Jurista ilustre y de enorme erudición también, fue **Cristóbal Mosquera de Figueroa**, autor de un *Comentario en breve compendio de la disciplina militar, en que se escribe la jornada de las islas de los Azores*, impreso en Madrid el 1596. Mosquera formó parte de esta expedición militar en calidad de Auditor general de la Armada y Ejército y fue, en consecuencia, testigo de los hechos que narra. A escribir esta obra le animaba el propósito de ensalzar la figura de don Álvaro de Bazán, jefe de la operación, y de hacer que «no se ponga en olvido la jornada de las islas de los Açores», como reza en la epístola nuncupatoria.

El suelo de Flandes y las guerras de Religión fueron, ya lo hemos visto, cantera extraordinaria de magníficos soldados y no menos brillantes escritores, que relataron las sangrientas luchas que allí tuvieron lugar en diferentes períodos históricos, y de las cuales fueron ellos mismos protagonistas. En este apartado no podemos pasar por alto el nombre del coronel **Francisco Verdugo**, nacido en Talavera de la Reina hacia 1536. A la edad de 19 años se alistó en el ejército y tomó parte en distintos hechos de armas, entre ellos la batalla de San Quintín. Ostentó luego el gobierno de la provincia de Frisia durante catorce años, pero fue culpado de su pérdida así como de haber incurrido en malversación de fondos. Ante tan graves acusaciones, decidió escribir el *Comentario de la guerra de Frisia* para justificar su gestión al frente de esta zona y lavar su nombre. De ahí que su *Comentario* tenga más el carácter de justificación de su administración que de una verdadera historia militar, extremo éste que ya seña-

laron José Almirante y Henry Lonchay¹⁴. El *Comentario* fue escrito hacia 1595, dos años antes de que muriera el autor a la edad de sesenta y uno. Y apareció impreso primeramente en versión italiana, realizada por Girolamo Frachetta en 1605. Alfonso Vázquez de Velasco editaría más tarde, en 1610, el original castellano que el autor le había entregado.

Distinto carácter tiene la obra de **Carlos Coloma**, mencionada antes incidentalmente. Con el título de *Las guerras de los Estados Bajos desde el año 1588 hasta el de 1599*, relata el autor los hechos acaecidos durante esos doce años en aquellos territorios, si bien la aparición de la obra no tendría lugar hasta bastante más tarde, en 1625. Y si comienza la narración en el año 1588 es porque en tal fecha, dice Coloma, «lleguè a los Estados de Flandes: porque me no conformo con los que escriuen historia de lo que no vieron»¹⁵. Su nacimiento tuvo lugar en Alicante, el 1573, en el seno de la familia de los condes de Elda. Y ese año de 1588 marcó el comienzo de su vida militar, iniciada desde el último escalón, el de soldado raso, al igual que hicieron otros jóvenes de noble alcurnia también. Escalando peldaños, llegaría a ostentar el cargo de maestre de campo, y luego el de capitán general de la frontera de Perpiñán, a los que seguirían nuevos honores, entre ellos, virrey de Mallorca y embajador en Inglaterra. Como en el caso de Bernardino de Mendoza, nuevamente se combinan milicia y diplomacia en un esclarecido soldado.

Sobre los sucesos de los Países Bajos se escribieron en este tiempo otras muchas obras, expresión siempre de las propias vivencias de sus autores. El capitán de caballos **Diego de Villalobos y Benavides**, abarca en sus *Comentarios a las cosas de Flandes* el período de 1594 a 1598. Como indica en el prólogo, «estos Comentarios fueron primero escritos con el tiēpo, en que sucedieron los hechos dellos». Pero al caer prisionero de los holandeses perdió el manuscrito de la obra y hubo de redactarla de nuevo una vez liberado y de regreso en España. Y lo hizo a requerimiento de sus amigos pero, sobre todo, impulsado por la indignación que le producía contemplar «el manifiesto agrauio que algunos escritores estrangeros han hecho, y hazen a la nacion Española, contando sus hechos muy sobre peine, quitádoles a los esquadrones los nombres, atribuyendo los hechos famosos a sus naciones...».

¹⁴ *Bibliografía militar de España*. Madrid, 1876, p. 888; y *Comentario del coronel Francisco Verdugo de la Guerra de Frisa*. Bruxelles, 1899, p. 29.

¹⁵ Ed. Amberes, 1625, p. 7.

Con el mismo propósito de enaltecer el nombre de España, consignando por escrito las acciones gloriosas que había protagonizado a fin de que no cayeran en el olvido, compuso **Antonio Trillo** su *Historia de la rebelión y guerras de Flandes*, impresa en Madrid el 1592. En la dedicatoria al duque del Infantado se lamenta de que, por falta de escritores, «casi se han puesto en oluido los gloriosos hechos desta inuencible Nacion: auiendo sido tan grandes los passados y presentes, que son los mayores del mundo». En cuanto a la faceta personal, puede decirse que Antonio Trillo es un autor casi desconocido, del que apenas sabemos sino que era vecino de Guadalajara y que sirvió a las órdenes del duque de Alba.

Menos datos biográficos se tienen aún de **Francisco Sanvitores de la Portilla**, que en las postrimerías del reinado de Felipe II redactó un informe titulado *El mal de Flandes y su remedio*, cuyo manuscrito conserva la Biblioteca Nacional de Madrid¹⁶. En el proemio hace constar que le mueve a escribir sólo la fidelidad y el servicio al rey, sin ningún interés personal. El tono del escrito induce a pensar que el autor quizá pudiera ser un clérigo, conoedor, eso sí, de la desgarrada situación de aquel territorio, cuya pacificación ansía lograr.

Los apuntes biográficos expuestos, creo son ejemplos suficientes para autentificar y validar el perfil del soldado-escritor trazado al comienzo de este apartado. Agregar nuevos nombres sería incurrir en prolijidad.

TIPOLOGÍA DE LAS OBRAS: ASPECTO FORMAL

Las obras de carácter militar que se publicaron a lo largo del siglo XVI no se diferencian en general, por lo que a su estructura se refiere, del resto de los impresos de la centuria. Y es que, en realidad, no había razón para que no fuese así. Por ello, la perfecta disección de las partes constitutivas de un libro antiguo español que hizo el Prof. Simón Díaz hace algunos años es aplicable al conjunto de obras de temática militar¹⁷.

¹⁶ Ms. misceláneo 2759, ff. 182_r-201_r.

¹⁷ Simón Díaz, J. *El Libro español antiguo: Análisis de su estructura*. Kassel, Ed. Reichemberger, 1983.

En lo tocante al título, es habitual el empleo de una denominación genérica para encabezarlo. Y entre éstas, el término *Tratado* es el que aparece utilizado con mayor frecuencia. Aguilar, Álvarez de Baeza, Álvarez Guerrero, Carrión Pardo, Castillo de Villasante, Céspedes y Velasco, Corral y Rojas, Chacón, García Cereceda, García de Ercilla, López de Palacios Rubios, Núñez de Toledo, Salazar, Suárez de Peralta y Ufano, comienzan con él el título de sus obras. Y lo mismo hacen Gutiérrez de la Vega e Isla, si bien estos autores anteponen a dicho término la matización de *Nuevo* y *Breve*, respectivamente. Otros escritores prefieren el vocablo *Discurso*, en singular, o *Discursos*, en plural, como inicio del título. Las obras de Arias Dávila, Du Choul, Escalante, Fernández de Andrada, Lechuga, Londoño, Pérez de Herrera, Silvestre, y Valle de la Cerda, así lo demuestran. Y figura también en las de Eguiluz y Sanvítores de la Portilla, aunque no en primer lugar. Más imprecisa es la denominación genérica de *Libro* que llevan las producciones de Carranza, Hernando del Castillo, Fernández de Espinosa, Fernández de Eyzaguirre, Funes, Guevara, Manzanas, Possevino, y Vargas Machuca, y su derivada *Libellus* que emplea Arias de Valderas. E imprecisa también es la de *Avisos*, elegida por Francisco Antonio, Enríquez de Cartagena, Luis Ortiz, y Valle de la Cerda. El encabezamiento de *Comentario*, en singular o plural, es el preferido para las obras de tipo histórico. Sirvan de ejemplo las de Ávila y Zúñiga, Mendoza, Mosquera de Figueroa, Martín Antonio del Ríó, y Verdugo. Otras denominaciones genéricas también, como *Memorial*, *Compendio*, *Advertencias*, *Sumario*, *Arte Doctrina*, *Examen*, *Apología*, o *Relación* aparecen utilizadas asimismo como comienzo de título, aunque con menor índice de frecuencia.

Ahora bien, varios autores de célebres tratados de teoría militar como Bernardino de Escalante, Diego García de Palacio y Francisco de Valdés, emplearon para sus títulos el término *Diálogo* o *Diálogos*, indicador, al propio tiempo, de la forma de expresión que eligieron para transmitir su mensaje. Y lo mismo hicieron Jiménez de Urrea, Mexía, Miranda Villafañe, Núñez Alba, Núñez de Velasco, y Sepúlveda. El vocablo *Diálogo* que figura al frente de sus obras responde fielmente a su manera de exponer el texto. Y autores hubo, como Bernardino Barroso, Diego González de Medina Barba y Diego de Salazar, que, sin emplearlo para el título, estructuraron sus obras bajo la forma de diálogos. Antecedente remoto de esta presentación textual son, desde luego, los *Diá-*

logos de Platón, cuya impronta se dejó sentir con gran fuerza en la época renacentista. Siguiendo la configuración platónica, compuso Maquiavelo su libro *Del arte de la guerra*, en el cual varios individuos discuten e intercambian sus puntos de vista sobre diferentes cuestiones, actuando uno de ellos como representante de las opiniones del propio autor. Y este esquema se generalizaría entre nuestros escritores del siglo XVI, con la aceptación ya señalada. Francisco de Mexía declara en el prólogo al lector de su *Diálogo del soldado* que eligió el modelo platónico —que habían seguido también Luciano y Séneca—, porque «esta manera de platicar cierra a dos por tres con su aduersario, y dando toque franco muchas vezes se retira con tan lindo denuedo, que parece en su disimulacion no hauer hecho de las suyas», es decir, «q tira la piedra y esconde la mano». Por ello define su obra como un «prouechoso tratado en el qual se hallara el anzuelo embuelto en sabroso ceuo»¹⁸. Al parecer, la forma de diálogo se prestaba a tales sutilezas literarias.

Como señala el Prof. Simón Díaz en su ya citada obra las *dedicatorias* son, a veces, una fuente inestimable de noticias acerca de la vida del autor y de sus propósitos al escribir la obra, aparte la información que puedan proporcionar sobre la persona a quien va dirigida. Y otro tanto ocurre con los *prólogos al lector*, dándose el caso de que, en ocasiones, las únicas referencias biográficas de que se dispone son las que facilita el propio autor en estos lugares o, incidentalmente, en el cuerpo de la obra. A lo largo del epígrafe anterior hemos tenido ocasión de comprobarlo.

Para terminar este punto, deseo referirme a una costumbre peculiar, practicada incluso en nuestros días por algunos propietarios de libros, que consiste en escribir en las páginas de los mismos sus propias observaciones sobre determinados pasajes del texto, a modo de apostillas marginales. Sin ánimo de entrar en polémica sobre si es práctica execrable o tolerable, apuntaré únicamente que sirven a veces de información complementaria de lo impreso y aportan algún dato nuevo: una fecha, un nombre, un topónimo, etc. Otras son, simplemente, reflejo de la opinión del lector-propietario, discrepante casi siempre de la del autor. Pero, en general, este tipo de anotaciones manuscritas suelen ser, cuanto menos, curiosas y, en ocasiones, hasta interesantes. De ordinario están escritas con

¹⁸ Ed. Valencia, 1555, ff. 4^r-5^r.

letra de la época, lo que permite atribuir las a personas coetáneas de las obras. Y, desde luego, varían en extensión. Hay ejemplares profusamente anotados y otros que cuentan sólo con muy escasas glosas. Como ejemplo de los primeros, podemos mencionar uno de los *Diálogos del Arte Militar* (Bruselas, 1595) de Bernardino de Escalante, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid signado como R/4881, por la abundancia de anotaciones manuscritas que contiene y los juicios vertidos en ellas contra las teorías del autor por un anónimo lector, contemporáneo suyo, y sin duda, militar de profesión. E interesantes son también las anotaciones manuscritas del ejemplar IX-5901 de la Bca. del Palacio Real de Madrid, que incluye el *Discurso de la navegación* del propio Escalante, en una de las cuales se niega a este escritor la autoría de dicha obra.